

MARRUECOS

Algunas de las ciudades más visitadas son Tánger, Meknes, Fez, Chechaouen, Agadir, Tiznit, Goulimine, Essaouira, Marrakech, Rabat, Ouarzazate y Zagora.

Bosques

La región de **Fez** revela un Marruecos desconocido: lagos de aguas claras, bosques de un verde profundo, montañas imponentes del Medio Atlas... Sólo hay que recorrer unos pocos kilómetros para pasar del rumor de la ciudad al silencio de los grandes espacios naturales. Un buen ejemplo es el inmenso bosque de cedros centenarios del Atlas, donde viven las últimas panteras moteadas y donde los monos se dedican a sus acrobacias. Todas las estaciones del año tienen su color y vibración: blancura inmensa en invierno, verde tierno en primavera, alba azulada o crepúsculo llameante.

En Sefrou, desde la Koubba de Sidi Ali bou Serghine, se abarca toda la llanura, amplia y verde. Fuentes, ríos y cascadas nos llevan hasta el reino de las aguas vivas.

En la región de Taza se pueden encontrar bosques de alcornoques, cedros, helechos de gran altura, fuentes, cascadas y lagos: el djebel Tazzeke fue declarado Parque Nacional. La ascensión hasta su cumbre (1980 m de altura) es ampliamente recompensada por una vista sensacional sobre los montes del Tazzeke, cubiertos de bosques, y las crestas nevadas del Medio Atlas.

Tánger

Tánger es una ciudad poblada por historias, mitos y leyendas. La mitología la supone fundada por Anteo, la historia la reconoce poblada desde el paleolítico y fue el centro de inspiración para toda una generación de artistas y políticos, durante su época de ciudad colonial.

Sus calles, sus hoteles y sus cafés han visto pasar a Tennessee Williams, a Samuel Beckett, a Jean Genet... sus palacios vivieron las fiestas mundanas de Barabara Hutton o de Malcolm Forbes... su luz inspiró a Matisse y su misterio a Paul Bowles; la ciudad blanca ha sabido siempre enamorar a los genios.

Dispuesta como un anfiteatro sobre el Estrecho de Gibraltar, se asoma al Atlántico y al Mediterráneo. Su ubicación, su historia y las comodidades hoteleras que ofrece hacen de Tánger un destino privilegiado para los viajeros en busca de románticos recuerdos.

En Tánger es indispensable recorrer el Petit Socco, llamado también souk Dakhil, el corazón de la medina y uno de los lugares más atractivos y característicos de la ciudad.

También es preciso conocer sus museos: el de Arte Marroquí en Dar el Makhzen y las colecciones de arte expuestas en el antiguo Consulado Americano.

Y por supuesto, hay que hacer una pausa en el café Hafa, cuya decoración es una inigualable vista sobre el estrecho y la costa española. En los alrededores, son interesantes las visitas a los Cabos Espartel y Malabata, las Grutas de Hércules y las ruinas romanas de Cotta.

A sólo 14 kms. de Tánger, el cabo Espartel marca el extremo noroccidental del continente africano. Y muy cerca, se encuentran las espectaculares Grutas de Hércules, cavidades naturales que el mar invade con marea alta.

La ruta costera entre Tánger y Ceuta ofrece espectaculares vistas sobre el Estrecho, playas solitarias y pequeñas calas.

El cabo Malabata, además de las vistas de la bahía de Tánger y el Estrecho de Gibraltar, permite admirar un curioso edificio de aspecto medieval - el castillo de Malabata - construido a principios de siglo.

La pequeña ciudad romana de Cotta, con sus granjas y sus fábricas de conservas de pescado y de "garum" habla al viajero curioso de los modos de vida de los primeros siglos de nuestra era.

Tétuan

Ciudad hispano morisca, llamada "La Blanca", su arquitectura recuerda a la de muchos pueblos andaluces. Fueron, precisamente, musulmanes y judíos huidos de España tras la caída de Granada en 1492 quienes reconstruyeron la ciudad. La dedicación a la piratería, que había ocasionado la primera destrucción de Tétouan por Enrique III de Castilla, volvió a causar su decadencia tras el bloqueo de Felipe II.

Bajo Moulay Ismail, la ciudad conoció un nuevo periodo de esplendor con construcciones tales como la muralla o el Palacio del Califa, que aún hoy pueden admirarse. También debe visitarse el Museo Arqueológico, el Museo de Artes Marroquíes y la Medina. De la variada artesanía de Tétouan, gozan de especial reconocimiento los bordados y la alfarería.

Chefchaouen (Chaouen)

Fundada en 1471 como plaza fuerte para oponerse a los avances extranjeros, la ciudad estuvo prohibida muchos años a los cristianos. Sin embargo, tres occidentales consiguieron acceder a Chaouen entre 1883 y 1892.

Las plazas El Makhzen y Uta el Hamman y la Medina son los puntos más destacados de la ciudad, proclamada santa y con más de 20 mezquitas y santuarios. Toda ella, sin embargo, con su juego de alturas y volúmenes y con decoraciones que recuerdan su origen andalusí, es digna de una detallada visita.

Larache

Bella ciudad de gran encanto, cuya casbash avanza sobre el mar como la proa de un barco. De aspecto andaluz en sus barrios modernos y cautivadoramente árabe en su medina, se asienta a orillas del río Loukkos.

La vista desde la playa es magnífica y también hay que visitar el original Boulevard Mohammed V, en la parte, el puerto, la casbash y, por supuesto, la cercana Lixus. Fundada por los tirios en el 1100 a.C., conserva numerosos edificios y ruinas romanas.

Las ciudades imperiales: Rabat, Fes, Meknés y Marrakech

Reciben el nombre de ciudades imperiales las cuatro ciudades que han sido, a lo largo de los siglos, capitales de Marruecos. Cargadas de historia y monumentos, cada una de ellas posee un carácter propio y diferente.

Rabat

Capital de Marruecos desde 1912, es una ciudad elegante y tranquila, que contrasta con su excitante pasado. Fundada en el siglo X como ribat (monasterio fortificado), fue la capital de Yacub Al-Mansur en el siglo XII y de Sidi Mohammed ben Abdallah en el siglo III a.C. Albergó un puerto fenicio, más tarde cartaginés y finalmente romano.

Ningún viajero deseoso de profundizar en Rabat debe olvidar acercarse al Palacio Real y visitar el Mausoleo de Mohammed V, la Medina (y su zoco), protegida al sur por la Muralla de los Andaluces, la

Alcazaba de los Oudaias (con su puerta monumental, el Museo de Artes Marroquíes, el Museo Nacional de Artesanía y el Café Moro, ideal para descansar tomando un té a la menta y un exquisito cuerno de gacela), la Torre Hassan (y su explanada, restos de la mezquita inacabada de Al Mansur), la Necrópolis de Chellah (que guarda también las ruinas romanas de Sala) u el Museo Arqueológico.

Hoteles de todas las categorías, campings, restaurantes de cocina marroquí, francesa, italiana y hasta china o japonesa aseguran estancias confortables y diversiones nocturnas.

Salé, situada en la orilla derecha del Bou Regreg, frente a Rabat, tiene a pesar de ello una historia propia. De todas las épocas quedan monumentos y ruinas, que hoy conforman parte del atractivo de la ciudad, como la Gran Mezquita, la medersa aneja, la puerta Bab el Mrisa, el santuario de Sidi Ahmed el Tijani y el morabito de Sidi Abdallah ben Hassoun, patrono de Salé.

En los alrededores de Rabat, es recomendable una visita a los Jardines de Buknadel (a unos 12 kms. de Rabat), con más de 1.500 especies exóticas. Para disfrutar de una playa muy especial, cercana a una antigua casbash, es necesario dirigirse a Temara (a 16 kms. de Rabat). También al norte de Rabat se encuentra la célebre Playa de las Naciones. Y en Skhirat, el domingo es día de mercado, que acentúa aún más los encantos de este pequeño pueblo y su magnífica playa.

Fes

Es la primera de las ciudades imperiales, ya que se remonta al siglo VIII. Es también la primera ciudad de culto musulmán de Marruecos y posee una de las universidades más antiguas del mundo. Todas estas primicias hacen de Fes una ciudad particularmente atractiva por su potencia cultural, aún hoy viva e influyente.

Entre sus monumentos, ocupan un lugar muy destacado las Mezquitas Karaouine y de los Andaluces, construidas, según la leyenda, por dos herederas de un kairuaní exiliado, en el siglo IX. También las numerosas Medersas (Escuelas coránicas), como Chahrij, Bouinania (con su relij de pared con carrillón de 1357) y, especialmente, Attarin, construidas entre los siglos XIII y XVII por tres dinastías diferentes. Merecen, además, una visita, los museos de Arte Marroquí (Batha) y el de Armas (Bordj Nord).

En los alrededores de Fes se encuentran Sefrou (Fiesta de las Cerezas, en junio; Moussem en agosto), Ifrán (deportes de invierno, montañismo), Immouzer (fiesta bereber de la miel, en mayo), Azrou (el más bello bosque de cedros de Marruecos) y Taza (primera capital almohade y polo de atracción de la espeleología).

Meknés

Meknassa ez-Zeitoun (Meknasa de los Olivos) es una fundación bereber del siglo IX, pero hasta 1069 no toma su verdadero carácter, cuando los almorávides construyen un bastión y una alcazaba. Tras pasar por asedios, conquistas, abandonos y reconstrucciones, Meknés alcanza su apogeo bajo el reinado de Mulay Ismail. Este sultán alauí, contemporáneo del rey Sol, Luis XIV de Francia, embelleció Meknés dotándola de murallas con puertas monumentales, jardines, mezquitas, alcazabas, y su primer palacio, Dar Kebira. El resultado es una de las ciudades más bellas y fascinantes de Marruecos.

Además de recorrer las murallas, perderse en la medina y regatear en los zocos, el viajero debe dirigir sus pasos hacia el Mausoleo de Mulay Ismail, las puertas de Bab El Mansur, Bab Berdain y Bab El-Jemis, el Estanque de Adgal, la Medersa Bou Inania, los fabulosos Jardines de los Sultanes, los graneros (Heri es-Suani), las gigantescas caballerizas y el Museo de Arte Marroquí en Dar Jamai.

En las cercanías de Meknés (26 kms.) se alza Moulay Idriss. Esta ciudad es el escenario de uno de los moussems más concurridos. Cada año, en los meses de agosto y septiembre, miles de fieles peregrinan a Moulay Idriss, atrayendo también a viajeros interesados y dando lugar a un animadísimo evento con mucho color tradicional.

A 27 kms. de Meknés se encuentran las ruinas de la ciudad romana de Volubilis, residencia de los procuradores de la Mauritania Tingitana, desde el siglo I d.C.

También se aconseja visitar Ifrane, con su cercana estación de esquí de Michlifen.

Marrakech

Una de las ciudades preferidas por los turistas españoles, y la que ha dado su nombre a todo el país. Los orígenes de la ciudad son oscuros, pero se acepta comúnmente que comenzó siendo un campamento militar establecido por Abu Bekr, un gran jefe almorávide, en 1070.

Su primo y sucesor, Yusef Ben Tachfin es quien comienza la tarea de convertir el oasis primitivo en una capital digna de su imperio, que se extendía desde el Atlántico hasta Argelia y desde el Sáhara al Ebro. La conquista almohade hizo casi desaparecer las primeras construcciones, que fueron reemplazadas por otras, muchas de las cuales podemos admirar aún hoy.

La enumeración de los lugares y monumentos de Marrakech puede ser interminable. Pero puede darse una idea de su riqueza y variedad mencionando la Plaza de Jema el Fna (absolutamente indispensable sumergirse en ella y en el cercano zoco), la Mezquita y el Alminar de la Koutoubia (gemela de la Giralda de Sevilla), la Medersa Ben Yussef, la Menara, el Museo de Dar Si Said, el Jardín del Agdal, las Tumbas de los Saadianos y los Palacios Badi y de la Bahía. Si el viaje coincide con el mes de junio, no puede perderse el Festival Nacional de Folklore que reúne las mejores expresiones de la música, el canto y la danza popular en Marrakech.

Como capital turística que es, Marrakech ofrece desde uno de los mejores hoteles del mundo (el celeberrimo La Mamounia), hasta camping y albergues juveniles; desde lujosos restaurantes de especialidades marroquíes con espectáculos folklóricos y fantasía, hasta cocina francesa, italiana, judía e internacional. Discotecas, casino y salas de fiesta completan la oferta de ocio nocturno.

La ciudad es también punto de partida para numerosas excursiones de gran interés arquitectónico, cultural y paisajístico. Los Palmerales, las rutas del Alto Atlas y numerosos pueblos como Tameslouht, Amizmiz o Asni brindan variadas posibilidades de disfrute al viajero curioso.

También están cercanas la estación de esquí de Ouikameden y el Valle del Ourika.

Las ciudades amuralladas: Asilah, Azemmour, El Jadida, Safi y Essaouira

Asilah

Ciudad costera de larga historia en la que intervienen fenicios, romanos, idrisíes, piratas normandos, meriníes, portugueses y españoles, fue la puerta de entrada del rey Sebastián I de Portugal, que hallaría la muerte (junto a sus dos oponentes musulmanes) en la célebre Batalla de los Tres Reyes.

La ciudad antigua abre tres puertas en su muralla (Bab Homar, Puerta de Tierra, Bab el Bahar, Puerta de la Mar y la Puerta de la Casbash), que dan paso a un laberinto de callejuelas bordeadas de casas blancas. Uno de sus monumentos destacados es el Palacio de Raisouni, un aventurero que comenzó como bandido, llegó a ser gobernador y Pachá y terminó prisionero de Abdelkrim.

Con su inmensa playa y sus numerosas manifestaciones artísticas, los veranos de Asilah son una atracción irresistible para los amantes de unas vacaciones diferentes.

Azemmour

Situada a poco más de 80 kms. al sur de Casablanca, esta pequeña ciudad amurallada también es conocida como "Moulay Bou Chaïb", por su santo patrón. Llena de historia, evocadoras ruinas y playas amplísimas, Azemmour es una rara joya turística, todavía no descubierta por el turismo masivo.

Antigua factoría frecuentada por los cartagineses fue importante centro comercial marítimo durante toda su historia. Con la presencia de mercaderes portugueses en el siglo XV, por su puerto pasaba trigo, caballos y vestidos que éstos intercambiaban a su vez por oro y esclavos.

Hoy en día, un lento paseo por las calles de la Medina permite apreciar aún reminiscencias portuguesas en el peculiar estilo de las puertas de las casas. En la cercana Casbah destacan las ruinas de Dar el Baroud (Casa de la Pólvora), desde cuya torre se tiene una magnífica vista sobre la ciudad y el río. En el pasado, las murallas de la Casbah rodeaban también al barrio judío (mellah), como recuerda una modesta sinagoga, reconocible por sus inscripciones en hebreo.

Dentro de la visita a la ciudad, es particularmente recomendable realizar un recorrido por el camino de ronda de las murallas. Tampoco hay que perderse las cercanas playas de Haouzia, cuyas cálidas temperaturas medias durante todo el año las hacen ideales para disfrutar, tanto en verano como en invierno.

El Jadida

Rubisis, citada por antiguos autores ocupó - probablemente - la situación donde los marinos portugueses establecieron el que sería con el tiempo el más importante centro comercial de la costa atlántica africana: Mazagán.

Tras su ocupación por el sultán alauí Sidi Mohammed Ben Abdallah, la ciudad pasa a llamarse El Brija El Jadida (La Fortaleza Nueva) y extramuros comienza a crecer una nueva ciudad.

La ciudadela conserva hasta hoy su encanto y su estructura original, típicamente medieval. Y esconde, en sus entrañas, una de las obras maestras de la arquitectura del s. XVI: la Cisterna Portuguesa.

Esta singular edificación, construida originalmente para servir como almacén, se convirtió en aljibe al terminarse la construcción de las murallas. Es una amplia construcción subterránea de 33 por 34 metros, cubierta por bóvedas sostenidas por cinco hileras de pilares de piedra. Olvidado durante años y redescubierto por casualidad en 1916, este lugar bello y sorprendente fue utilizado por el célebre Orson Welles para ambientar algunas escenas de su película "Otelo".

Merecen también una visita, la calle Mohammed-Al-Hachmi-Bahbah, que corre paralela a la muralla de la ciudadela portuguesa, y los bastiones del Ángel, de San Sebastián y de San Antonio, con unas estupendas vistas al mar.

Safi

De origen incierto, Safi puede ocupar el emplazamiento de Mysokaras, citada por Ptolomeo. Históricamente, la primera mención la realiza el geógrafo El Bekri, en el siglo XI, llamándola Asfi.

Importante centro pesquero e industrial, destaca - sin embargo - por el primoroso trabajo de sus alfareros. Por esa razón, dos de sus principales atractivos son el barrio de los Ceramistas y el Museo de Cerámica, de visita obligada.

Otros puntos de interés son Dar el Bahr (el Castillo del Mar), la Medina, La Kachla y la Capilla Portuguesa.

El Castillo del Mar es una pequeña fortaleza construida por los portugueses en el s.XVI, que conserva viejos cañones fundidos en España, en Holanda, y en Portugal. La Medina es la parte más antigua de Safi

y en su parte sur, detrás de la Gran Mezquita, alberga la Capilla Portuguesa, instalada en lo que fue el coro de la Catedral, en 1519. Intramuros se encuentra también la Kachla, antigua Casbah construida por los Saadianos en la parte más alta de la ciudad.

Essaouira

Una cerámica con el nombre del almirante Magón, fechada en el s. VII a.C., certifica la presencia cartaginesa en la región. Pero hay indicios de la presencia fenicia desde un siglo antes. Las islas de Essaouira fueron famosas en todo el imperio romano gracias a la producción de púrpura. Codiciada siempre, Essaouira fue la bereber Amogdul (la bien guardada), más tarde, en portugués Mogdura, en español Mogadur y en francés Mogador.

Su nombre actual, que significa lugar fortificado, se debe al sultán alauí Sidi Mohammed Ben Abdallah, que la reformó completamente en 1764. El nombre de este soberano identifica hoy al Museo de Artes Marroquíes, con interesantes colecciones de armas, alfombras y marqueteterías.

Essaouira, residencia de afamados pintores, escultores, ebanistas, escritores y vidrieristas, es también un concurrido centro de vacaciones de playa. Su puerto, bastiones y murallas hablan de su riqueza e importancia. Y la ciudad antigua, con sus dos medinas, dos casbahs y un mellah (judería), transporta al viajero actual a la vivencia de otros tiempos.

Fes, ciudad imperial

Es la primera de las ciudades imperiales, ya que se remonta al siglo VIII. Es también la primera ciudad de culto musulmán de Marruecos y posee una de las universidades más antiguas del mundo. Todas estas primicias hacen de Fes una ciudad particularmente atractiva por su potencia cultural, aún hoy viva e influyente.

Entre sus monumentos, ocupan un lugar muy destacado las Mezquitas Karaouine y de los Andaluces, construidas, según la leyenda, por dos herederas de un kairuaní exiliado, en el siglo IX. También las numerosas Medersas (Escuelas coránicas), como Chahrij, Bouinania (con su relij de pared con carrillón de 1357) y, especialmente, Attarin, construidas entre los siglos XIII y XVII por tres dinastías diferentes. Merecen, además, una visita, los museos de Arte Marroquí (Batha) y el de Armas (Bordj Nord).

En los alrededores de Fes se encuentran Sefrou (Fiesta de las Cerezas, en junio; Moussem en agosto), Ifrán (deportes de invierno, montañismo), Immouzer (fiesta bereber de la miel, en mayo), Azrou (el más bello bosque de cedros de Marruecos) y Taza (primera capital almohade y polo de atracción de la espeleología).

Meknés, ciudad imperial

Meknassa ez-Zeitoun (Meknasa de los Olivos) es una fundación bereber del siglo IX, pero hasta 1069 no toma su verdadero carácter, cuando los almorávides construyen un bastión y una alcazaba. Tras pasar por asedios, conquistas, abandonos y reconstrucciones, Meknés alcanza su apogeo bajo el reinado de Mulay Ismail. Este sultán alauí, contemporáneo del rey Sol, Luis XIV de Francia, embelleció Meknés dotándola de murallas con puertas monumentales, jardines, mezquitas, alcazabas, y su primer palacio, Dar Kebira. El resultado es una de las ciudades más bellas y fascinantes de Marruecos.

Además de recorrer las murallas, perderse en la medina y regatear en los zocos, el viajero debe dirigir sus pasos hacia el Mausoleo de Mulay Ismail, las puertas de Bab El Mansur, Bab Berdain y Bab El-Jemis, el Estanque de Adgal, la Medersa Bou Inania, los fabulosos Jardines de los Sultanes, los graneros (Heri es-Suani), las gigantescas caballerizas y el Museo de Arte Marroquí en Dar Jamai.

En las cercanías de Meknés (26 kms.) se alza Moulay Idriss. Esta ciudad es el escenario de uno de los moussems más concurridos. Cada año, en los meses de agosto y septiembre, miles de fieles peregrinan a

Moulay Idriss, atrayendo también a viajeros interesados y dando lugar a un animadísimo evento con mucho color tradicional.

A 27 kms. de Meknés se encuentran las ruinas de la ciudad romana de Volubilis, residencia de los procuradores de la Mauritania Tingitana, desde el siglo I d.C.

También se aconseja visitar Ifrane, con su cercana estación de esquí de Michlifén.

Montes Atlas

Desde Marrakech, las montañas del Atlas, con su imponente masa y sus crestas nevadas, parecen un decorado irreal. Sin embargo, basta recorrer 20 km. para iniciar excursiones inolvidables y la grandeza de los paisajes, siempre nuevos, del Atlas. Saliendo por el sudeste de Marrakech se atraviesan acogedores pueblecitos bereberes: Aghmat, Dar Caïd Ouriki. Luego sigue una carretera flanqueada por jardines escalonados en terrazas, a lo largo del "oued" de Ourika, hasta Arhbalou, el mejor sitio para elegir lo que se quiere ver entre tanta variedad.

Quizás girar a la derecha hacia el Oukaimeden (2.600 metros de altura), la célebre estación de deportes de invierno, a tan sólo 74 kilómetros de Marrakech. O bien, admirar Setti Fatma y sus centenarios nogales, y bañarse en las aguas revitalizantes de sus siete cascadas. O seguir hasta Annameure, pueblo de la tribu de los Aït Oucheg, para alquilar allí unos mulos y trepar hasta Djebel Yagour, santuario de la prehistoria marroquí que se enorgullece de sus 2.000 pinturas ruprestes.

Hacia el sur, a 47 kms. de Marrakech, por la carretera de Taroudannt, en el típico pueblecito de Asni se practica el trueque de mercancías los sábados, día del zoco. Siguiendo hacia Ouirgane, los paisajes nos recuerdan a los cañones norteamericanos. Impresionantes gargantas nos conducen hasta Imlil, pintoresca aldea de montaña. Desde aquí salen las excursiones hacia el Parque Nacional del Toubkal: a la cumbre (4.165 m), punto culminante de toda el África del Norte, o a 3.800 m, donde se extiende la meseta de Tazaghaght, un desierto de piedras tan alto que desde él se dominan las nubes.

Al este de Marrakech se encuentran las cascadas de Ouzoud, donde el agua cae desde más de 100 m de altura. El "oued" Méhasseur, sobre el que pasa el puente natural de Imi-n-Ifri, "puerta del precipicio" en bereber, que cae en cascadas entre enormes rocas, para terminar en el lago de la presa del Aït-Aadel, en un paisaje de colinas rojas descarnadas.

Volúbilis

se encuentra al pie de la montaña de Zerhoun, en una rica región agrícola a unos 30 Km. de Meknés y a 5 Km. de Moulay-Idriss.

En esta ciudad se han encontrado inscripciones y estatuillas púnicas que datan de los siglos V al VII a. C. Además se han hallado unas sesenta prensas de aceite y gran número de tahonas.

Hacia el siglo II a. C. la ciudad se extendía sobre una superficie de 40 hectareas y, las excavaciones realizadas en el año 1915 revelaron que la ciudad gozaba de una formidable riqueza, sobre todo en las épocas mauritana y romana (del siglo II al siglo III d. C.).

Volúbilis, constituye el testimonio más representativo de las obras arquitectónicas que los romanos dejaron en África del norte.

Durante la primera época romana en Marruecos, el país estaba dividido en dos provincias: La de Mauritania Tinginate, cuya capital era Tingi (Tanger) y Mauritania Cesarina, cuya capital era Caesaria (Cherchell). Volúbilis era un municipio de la provincia de Mauritania Tinginate. El emperador Claudio fue el encargado de organizar la administración de las dos provincias, y le otorgó a Volúbilis el status de "municipio de derecho romano", en recompensa a sus ciudadanos por la lucha que protagonizaron contra las tribus nómadas dirigidas por Aedemon, esclavo liberado de Ptolomeo, rey de Mauritania.

La mayoría de las casas eran de un tipo de arquitectura denominada de "peristilo" (galerías rodeadas de columnas en la parte interior y central de las viviendas). Estaban decoradas con obras de arte realizadas en bronce o en mármol, y su estancia más importante era el comedor, que consistía en una gran sala con tres huecos que contenían un mosaico en forma

de U. La base de la riqueza de la ciudad era el aceite y el trigo. A partir del año 285 d.C., comienza el repliegue romano, y por ello los habitantes de Volúbilis, van abandonando la ciudad

COMER

Couscous, cuyas recetas varían según la región.

- Méchui: Cordero entero, asado lentamente en brasas.

-Tajine: Guiso de carne, o de pescado, con verduras, que se sirve en el mismo recipiente en el que se prepara, y que le da su nombre.

-Kefta: Brochetas de carne picada o albóndigas.

-Pastilla: Finas capas de hojaldre rellenas de carne de pichón, delicadamente especiada, azucarada y perfumada a la canela